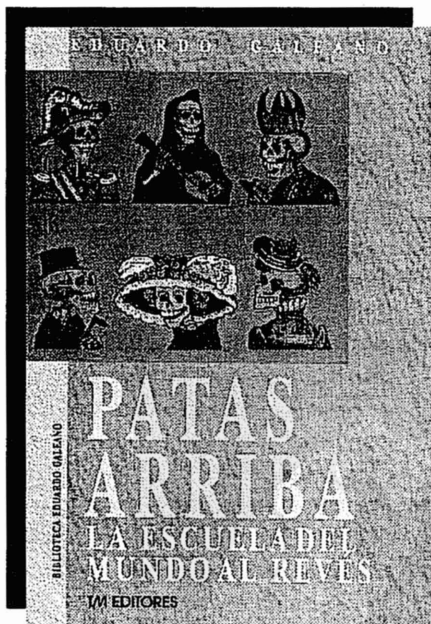


Novedades bibliográficas

Librería de la UCA

Luis Armando González



Galeano E., *Patas arriba. La escuela del mundo al revés*. Santa Fe de Bogotá, TM Editores, 1999, 365 p.

Al leer *Patas arriba. La escuela del mundo al revés*, de Eduardo Galeano, inmediatamente viene a la memoria otro libro: *El manual del perfecto idiota latinoamericano*, de Álvaro Vargas Llosa, Plinio Apuleyo Mendoza y Carlos Alberto Montaner. En este último libro, por cierto, los tres autores citados hacen trizas uno de los libros más impor-

tantes de Galeano: *Las venas abiertas de América Latina*. No es este el lugar para repetir las diatribas que se lanzan desde *El manual...* a la mencionada obra del escritor uruguayo. Sin embargo, sí cabe recordar que una de las cosas que más resquemores despertó en Vargas Llosa, Apuleyo Mendoza y Montaner fueron las grandes frases, sangrientas y dolorosas —conmoveras a más no poder— con las que Galeano describió la historia latinoamericana y sus problemas en *Las venas abiertas...*

El estilo de Galeano cuando escribe de temas históricos, políticos o sociales es así: colorido, dramático, hecho de grandes contrastes y síntesis, en donde lo que se busca no es tanto que el lector comprenda los problemas que se le narran, sino que se conmueva e indigne ante la miseria, la explotación y la violencia a que son sometidos los que, citando a Frantz Fanon, nuestro autor no dudaría en llamar los “condenados de la tierra”. Galeano domina el oficio de escribir para conmover como pocos; sabe cómo entretener los argumentos a modo de lograr un efecto que impacte en la conciencia del lector y lo obligue a tomar partido ante los problemas sociales, económicos y políticos

más acuciantes de nuestro tiempo. Más allá de la verdad o falsedad que puedan tener los contenidos de lo que escribe el uruguayo, su fuerte es el trazo contundente con el que expone sus ideas. En esto su estilo es inigualable; en esto radica el carácter explosivo de sus argumentos, mismos que obligan al lector a una reacción igualmente explosiva —contundente— ante lo que se le expone: la aceptación absoluta o el rechazo no menos absoluto.

El libro que reseñamos es rico en formulaciones que tanto hacen de las delicias de los seguidores incondicionales de Galeano —que son muchos en el mundo, como lo atestiguan las incontables ediciones de sus escritos—, al igual que provocan comezón e incomodidad en sus detractores. Algunas de esas formulaciones, dignas de antología, son las siguientes:

“En el océano del desamparo, se alzan las islas de privilegio. Son lujosos campos de concentración, donde los poderosos sólo se encuentran con los poderosos y jamás pueden olvidar, ni por un ratito, que son poderosos” (p. 11)

“Entre los niños que viven prisioneros de la opulencia y los que viven prisioneros del desamparo, están los niños que tienen bastante más que nada, pero mucho menos que todo” (p. 19).

“La historia real de la conquista y la colonización de las Amé-

ricas es una historia de la dignidad incesante. No hubo día sin rebelión, en todos los años de aquellos siglos; pero la historia oficial ha ninguneado casi todos esos alzamientos, con el desprecio que merecen los actos de mala conducta de la mano de obra” (p. 53).

“En 1446, por orden del rey Alfonso los homosexuales de Portugal marchaban a la hoguera... En 1497, también Isabel y Fernando, los reyes católicos de España, mandaron que fueran quemados vivos los culpables del nefando pecado de la sodomía... En 1513, dos días antes de eso que llaman descubrimiento del océano Pacífico, el capitán Vasco Núñez de Balboa aperreó a cincuenta indios que ofendían a Dios practicando el abominable pecado contra natura... Casi cinco siglos después, en mayo de 1997, en la pequeña ciudad brasileña de São Galo de Amaranite, un hombre mató a quince personas, y se suicidó de un tiro en el pecho, porque, en el pueblo andaban diciendo que era homosexual” (p. 68).

“Crímenes contra la gente, crímenes contra la naturaleza: la impunidad de los señores de la guerra es hermana gemela de la impunidad de los señores que en la tierra comen naturaleza y en el cielo engullen la capa de ozono” (p. 221).

Y así se puede seguir con las citas: siempre aparecen los contras-

tes explosivos que tanto gustan a Galeano y que tantas simpatías y antipatías le han granjeado a lo largo de su productiva carrera como escritor. Quien lo lee no puede dejar de sentirse conminado a tomar

postura ante los males humanos y sociales —y sus responsables— que Galeano va pintando con trazos dorados e hirientes. Quizás en ello estribe su atractivo: en el talante apocalíptico de su escritura.



Alvarenga, P., *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932*. San José, EDUCA, 1996

especialistas, al igual que ciudadanos comunes, han llegado a preguntarse si ello no es acaso una secuela inmediata de la guerra civil a la que se puso término en 1992. La inquietud no es gratuita: durante casi 12 años, muchos salvadoreños —varios cientos de hombres y mujeres, niños, jóvenes y adultos— no sólo vivieron entre armas de guerra, sino que aprendieron que para resolver los problemas nacionales y para dirimir las diferencias políticas e ideológicas no había otro camino que la imposición por la fuerza militar. La guerra terminó en 1992, pero ello no supuso el fin de los hábitos militaristas; además, cientos de pertechos militares —pistolas, granadas, fusiles— quedaron en manos de muchos de los desmovilizados de ambos bandos, mientras que una cantidad de ellas terminó en manos del crimen organizado.

En El Salvador de postguerra, los niveles alcanzados por la violencia social son tales que muchos

Como se ve, las señales que indican que la violencia de la postguerra tiene su antecedente inmediato en el recién finalizado con-

flicto armado tienen suficiente peso para ser aceptadas sin mucho problema. Con todo, queda pendiente el examen de las décadas anteriores a la guerra para establecer hasta qué punto la violencia de los años noventa es algo totalmente novedoso, derivado directamente de la guerra civil y sus secuelas, o tiene raíces más profundas en la historia de El Salvador.

El libro de Patricia Alvarenga, *Cultura y ética de la violencia*, explora ese pasado histórico en un periodo concreto: 1880-1932. En ese periodo, le interesa el análisis de dos coyunturas específicas: la Revolución de 1885 —encabezada por Francisco Menéndez tras la salida del poder de Rafael Zaldívar— y el proceso político que culminó en la revuelta campesina de 1932 y su violenta represión por parte del gobierno de Maximiliano Hernández Martínez.

Ambas situaciones le sirven a la autora para abundar en su indagación acerca de la formación y funcionamiento del sistema represivo salvadoreño a finales del siglo XIX y primeras tres décadas del siglo XX, lo cual fue inseparable de un conjunto de códigos ético-morales y de la presencia del sector campesino. Ella lo dice claramente: “la temática de esta investigación es el análisis de la formación del sistema represivo salvadoreño desde dos ópticas: la construcción de los códigos morales que rigen la ética del poder y la participación campesina —ya sea colaborando o resistien-

do— en la formación del sistema de control social. Esta temática no ha sido analizada en la literatura existente sobre la historia salvadoreña. Muy poco sabemos acerca del papel de la violencia en la formación de los códigos éticos que rigen la cultura nacional y, particularmente, las relaciones sociales en el campo” (p. 10).

Según la autora, en el periodo 1880-1932, tuvo lugar la génesis, crisis y reformulación de un sistema de dominación” (p. 10), el cual generó diversas relaciones entre los grupos oligárquicos y los sectores sociales subordinados (fundamentalmente, campesinos), quienes o bien colaboran o bien se resisten. Cuando se da la segunda situación, el terror se hace presente como mecanismo para dirimir los conflictos: “el terror es tanto arma de dominación para las clases dominantes, como arma de resistencia para los grupos subalternos” (p. 11).

Una de las tesis más sugerentes de Alvarenga es que la interacción dominación-resistencia en el periodo histórico examinado dio lugar a la formación de una “cultura de la violencia” —códigos morales que valoran positivamente (legitimán) el uso de la fuerza para el sometimiento de los otros— que no sólo reguló el comportamiento de las autoridades y los campesinos, sino su relación recíproca. En sus palabras, las culturas oligárquica y campesina establecieron un “diálogo” que “generó formas de violencia que alejaron a la sociedad de los cami-

nos que conducen a la reconciliación social” (p. 27). El sistema de dominación no estaba preparado para responder de forma no violenta a la resistencia popular, la cual clamaba (tanto en 1985 como en 1932) por abrir espacios de transformación social. “En ambos casos, tales espacios se clausuraron violentamente... En ambas coyunturas de intensa movilización popular, tuvo un papel central el discurso contra la dominación fundamentada en el terror” (p. 349).

Estamos ante un libro no sólo interesante por la temática que aborda, sino por las interrogantes que despierta. Una de ellas tiene que ver con la continuidad o no que puede existir entre la cultura de la violen-

cia formada en 1880-1932, la cultura de la violencia que se incubó durante la guerra civil y la cultura de la violencia que predomina en la actualidad. Es cierto, hay diferencias en los códigos morales (violentos) correspondientes a cada una de esas etapas históricas, pero ¿habrá valores y normas violentas heredados de aquella etapa de formación del sistema represivo a las generaciones actuales? Si las hay, ¿cuál es su naturaleza? ¿Cómo se tejen con normas y valores violentos asociados directamente a la guerra y a la postguerra? Estas son áreas de discusión que seguramente interesarán a todos aquellos preocupados por la violencia en El Salvador.

